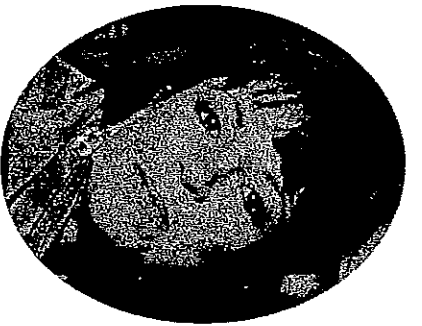


Isabel Allende ▶



Dos palabras

ISABEL ALLENDE

La escritora chilena Isabel Allende (1942—) ha gozado de gran popularidad desde la publicación de su primera novela, *La casa de los espíritus*, en 1982. Nacida hija de padre diplomático en Lima, Perú, se crió en Santiago de Chile. Habiendo participado en la oposición al régimen militar establecido en su patria después de la muerte de Salvador Allende, presidente del país y primo hermano del padre de la autora, ésta salió al exilio. Vive actualmente en California. Periodista, novelista y cuentista, Allende ha ejercido su profesión literaria en la esfera del realismo mágico que surgió a mediados del siglo XX, a raíz de los escritos de Juan Rulfo, de Gabriel García Márquez y de otros latinoamericanos.

Allende ha descrito así su proceso creador: "En el lento y silencioso proceso de la escritura entro en un estado de lucidez, en el cual a veces puedo descórrer algunos velos y ver lo invisible." Su criatura literaria Belisa Crepuscularia, protagonista de "Dos palabras" (1990), nos aporta una experiencia afín, al verse "inmersa por completo en el mundo que creaba con el poder omnívoto de las palabras, transformada en un ser disperso, reproducida hasta el infinito." A diferencia de su creadora, Belisa no hechiza con sus palabras hechas cuento; hechiza vendiendo palabras mágicas. "Dos palabras" es de la colección *Cuentos de Eva Luna*.

Tenía el nombre de Belisa Crepuscularia, pero no por fe de bautismo¹ o acierto² de su madre, sino porque ella misma lo buscó hasta encontrarlo y se vistió con él. Su oficio era vender palabras. Recorría³ el país, desde las regiones más altas y frías hasta las costas calientes, instalándose en las ferias y en los mercados, donde montaba cuatro palos con un toldo de lienzo,⁴ bajo el cual se protegía del sol y de la lluvia para atender a su clientela. No necesitaba pregonar⁵ su mercadería, porque de tanto caminar por aquí y por allá, todos la conocían. Había quienes la aguardaban⁶ de un año para otro, y cuando aparecía por la aldea⁷ con su atado bajo el brazo hacían cola frente a su tenderete.⁸ Vendía a precios justos. Por cinco centavos entregaba versos de memoria, por siete mejoraba la calidad de los sueños, por nueve escribía cartas de enamorados, por doce inventaba insultos para enemigos irreconciliables. También vendía cuentos, pero no eran cuentos de fantasía, sino largas historias verdaderas que recitaba de corrido,⁹ sin saltarse¹⁰ nada. Así llevaba las nuevas¹¹ de un pueblo a otro. La gente le pagaba por agregar¹² una o dos líneas: nació un niño, murió fulano,¹³ se casaron nuestros hijos, se quemaron las cosechas.¹⁴ En cada

1 fe de bautismo—certificado expedido por la Iglesia Católica como prueba de que la persona nombrada en el certificado ha sido debidamente bautizada.

2 acierto—buena decisión; idea que da en el blanco.

3 Recorría—viajaba por.

4 toldo de lienzo—tela gruesa que, sostenida a cierta altura, da sombra.

5 pregonar—anunciar en voz alta.

6 aguardaban—esperaban.

7 aldea—pueblo pequeño.

8 tenderete (m.)—puesto de venta ambulante.

9 de corrido—de un tirón; rápido y sin parar; seguido

10 saltarse—omitir.

11 nuevas—noticias.

12 agregar—añadir; poner además.

13 fulano—cualquier persona; término aplicado a una persona cuyo verdadero nombre no se menciona, o no importa.

14 cosechas—rendimiento de lo que se ha sembrado.

lugar se juntaba una pequeña multitud a su alrededor para oírta cuando comenzaba a hablar y así se enteraban¹⁵ de las vidas de otros, de los parientes lejanos, de los porrmenores¹⁶ de la Guerra Civil. A quien le comprara cincuenta centavos, ella le regalaba una palabra secreta para espantar¹⁷ la melancolía. No era la misma para todos, por supuesto, porque eso habría sido un engaño¹⁸ colectivo. Cada uno recibía la suya con la certeza de que nadie más la empleaba para ese fin en el universo y más allá.

Belisa Crepusculario había nacido en una familia tan mísera,¹⁹ que ni siquiera poseía nombres para llamar a sus hijos. Vino al mundo y creció en la región más inhóspita, donde algunos años las lluvias se convierten en avalanchas de agua que se llevan todo, y en otros no cae ni una gota del cielo, el sol se agranda hasta ocupar el horizonte entero y el mundo se convierte en un desierto. Hasta que cumplió doce años no tuvo otra ocupación ni virtud que sobrevivir al hambre y la fatiga de siglos. Durante una interminable sequía²⁰ le tocó enterrar²¹ a cuatro hermanos menores y cuando comprendió que llegaba su turno, decidió echar a andar por las llanuras en dirección al mar, a ver si en el viaje lograba burlar²² a la muerte. La tierra estaba erosionada, partida en profundas grietas,²³ sembrada²⁴ de piedras, fósiles de árboles y de arbustos espinudos, esqueletos de animales blanqueados por el calor. De vez en cuando

- 15 se enteraban—se informaban.
 16 porrmenores (m.)—detalles.
 17 espantar—ahuyenar; alejar.
 18 engaño—encubrimiento; falsedad.
 19 mísera—pobre.
 20 sequía—período sin lluvia.
 21 enterrar—colocar en la tumba.
 22 burlar—esquivar; eludir.
 23 grietas—rajaduras.
 24 sembrada—llena.

tropezaba con familias que, como ella, iban hacia el sur siguiendo el espejismo²⁵ del agua. Algunos habían iniciado la marcha llevando sus pertenencias²⁶ al hombro o en carretillas, pero apenas podían mover sus propios huesos y a poco andar debían abandonar sus cosas. Se arrastraban penosamente, con la piel convertida en cuero de lagarto²⁷ y los ojos quemados por la reverberación²⁸ de la luz. Belisa los saludaba con un gesto al pasar, pero no se detenía, porque no podía gastar sus fuerzas en ejercicios de compasión. Muchos cayeron por el camino, pero ella era tan tozuda²⁹ que consiguió atravesar el infierno y arribó³⁰ por fin a los primeros manantiales,³¹ finos hilos de agua, casi invisibles, que alimentaban³² una vegetación raquífica,³³ y que más adelante se convertían en riachuelos y esteros.³⁴

Belisa Crepusculario salvó la vida y además descubrió por casualidad la escritura. Al llegar a una aldea en las proximidades de la costa, el viento colocó a sus pies una hoja de periódico. Ella tomó aquel papel amarillo y quebradizo³⁵ y estuvo largo rato observándolo sin adivinar³⁶ su uso, hasta que la curiosidad pudo más que su timidez. Se acercó a un

- 25 espejismo—ilusión vana; visión irreal.
 26 pertenencias—posesiones personales.
 27 lagarto—reptil escamoso relativamente pequeño, de cabeza triangular, patas cortas y cola larga.
 28 reverberación—reflejo; ondas de aire.
 29 tozuda—terca; empecinada; obstinada.
 30 arribó—llegó.
 31 manantiales (m.)—fuentes naturales de agua.
 32 alimentaban—nutrían.
 33 raquífica—pobre; desmejorada; poco desarrollada.
 34 esteros—arroyos.
 35 quebradizo—frágil; que se quiebra fácilmente.
 36 adivinar—averiguar por conjeturas; intuir.

hombre que lavaba un caballo en el mismo charco³⁷ turbio³⁸ donde ella saciara³⁹ su sed.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—La página deportiva del periódico —replicó el hombre sin dar muestras⁴⁰ de asombro ante⁴¹ su ignorancia.

La respuesta dejó atónita⁴² a la muchacha, pero no quiso parecer descarrada⁴³ y se limitó a inquirir⁴⁴ el significado de las patitas de mosca dibujadas sobre el papel.

—Son palabras, niña. Allí dice que Fulgencio Barba noqueó al Negro Tiznao en el tercer round.

Ese día Belisa Crepusculario se enteró de que las palabras andan sueltas sin dueño y cualquiera con un poco de maña⁴⁵ puede apoderárselas⁴⁶ para comerciar con ellas. Consideró su situación y concluyó que aparte de prostituirse o emplearse como sirvienta en las cocinas de los ricos, eran pocas las ocupaciones que podía desempeñar.⁴⁷ Vender palabras le pareció una alternativa decente. A partir de ese momento ejerció⁴⁸ esa profesión y nunca le interesó otra. Al principio ofrecía su mercancía sin sospechar que las palabras podían también escribirse fuera de los periódicos. Cuando lo supo calculó las infinitas proyecciones⁴⁹ de su negocio, con sus ahorros le pagó veinte pesos a un cura para que le enseñara a leer y

37 charco—hoyo en el suelo que se ha llenado de agua.

38 turbio—impuro; sucio.

39 saciara—habla saciado; habla satisfecho.

40 muestras—señales; gestos.

41 ante—en presencia de.

42 atónita—asombrada; muy sorprendida.

43 descarrada—sin recato; sin vergüenza; descortés.

44 inquirir—preguntar.

45 maña—astucia; viveza; inteligencia.

46 apoderárselas—captarlas; agarrarlas.

47 desempeñar—ejercitar; ejercer.

48 ejerció—desempeñó; se dedicó a.

49 proyecciones—perspectivas; posibilidades.

escribir y con los tres que le sobraron se compró un diccionario. Lo revisó⁵⁰ desde la A hasta la Z y luego lo lanzó al mar, porque no era su intención estafar⁵¹ a los clientes con palabras envasadas.⁵²

Varios años después, en una mañana de agosto, se encontraba Belisa Crepusculario en el centro de una plaza, sentada bajo su toldo vendiendo argumentos de justicia a un viejo que solicitaba⁵³ su pensión desde hacía diecisiete años. Era día de mercado y había mucho bullicio⁵⁴ a su alrededor. Se escucharon de pronto galopes y gritos; ella levantó los ojos de la escritura y vio primero una nube de polvo y enseguida un grupo de jinetes⁵⁵ que irrumpió⁵⁶ en el lugar. Se trataba de los hombres del Coronel, que venían al mando del⁵⁷ Mulato, un gigante conocido en toda la zona por la rapidez de su cuchillo y la lealtad⁵⁸ hacia su jefe. Ambos, el Coronel y el Mulato, habían pasado sus vidas ocupados en la Guerra Civil y sus nombres estaban irremisiblemente⁵⁹ unidos al estropicio⁶⁰ y la calamidad. Los guerreros entraron al pueblo como un rebaño⁶¹ en estampida, envueltos en ruido, bañados de sudor y dejando a su paso un espanto de huracán. Salieron volando las gallinas, dispararon⁶² a perderse los perros, corrieron las mujeres con sus hijos y no quedó en

50 revisó—inspeccionó; examinó.

51 estafar—defraudar; engañar.

52 envasadas—empaquetadas; apesadas.

53 solicitaba—pedía.

54 bullicio—actividad ruidosa.

55 jinetes (m.)—caballistas; hombres a caballo.

56 irrumpió—entró súbitamente.

57 al mando del—bajo la autoridad de.

58 lealtad—fidelidad; devoción.

59 irremisiblemente—irrevocablemente.

60 estropicio—desorden.

61 rebaño—grupo de ovejas.

62 dispararon—salieron corriendo.

el sitio del mercado otra alma viviente que Belisa Crepusculario, quien no había visto jamás al Mulato y por lo mismo le extrañó que se dirigiera a ella.

—A ti te busco —le gritó señalándola con su látigo⁶³ enrollado y antes que terminara de decirlo, dos hombres cayeron encima de la mujer atropellando⁶⁴ el toldo y rompiendo el tintero, la ataron de pies y manos y la colocaron atravesada como un bulto de marinero sobre la grupa⁶⁵ de la bestia⁶⁶ del Mulato. Emprendieron⁶⁷ galope en dirección a las colinas.⁶⁸

Horas más tarde, cuando Belisa Crepusculario estaba a punto de morir con el corazón convertido en arena por las sacudidas⁶⁹ del caballo, sintió que se detenían y cuatro manos poderosas la depositaban en tierra. Intentó ponerse de pie y levantar la cabeza con dignidad, pero le fallaron las fuerzas y se desplomó⁷⁰ con un suspiro, hundiéndose⁷¹ en un sueño ofuscado.⁷² Despertó varias horas después con el murmullo de la noche en el campo, pero no tuvo tiempo de descifrar⁷³ esos sonidos, porque al abrir los ojos se encontró ante la mirada impaciente del Mulato, arrodillado a su lado.

—Por fin despiertas, mujer —dijo alcanzándole su cantimplora⁷⁴ para que bebiera un sorbo de aguardiente⁷⁵ con pólvora⁷⁶ y acabara de recuperar la vida.

⁶³ látigo—fusta; chicote; azote.

⁶⁴ atropellando—pisando; maltratando.

⁶⁵ grupa—anca; parte de atrás del lomo de un caballo.

⁶⁶ bestia—caballo.

⁶⁷ Emprendieron—iniciaron; comenzaron.

⁶⁸ colinas—cerros; montañas bajas.

⁶⁹ sacudidas—movimientos violentos.

⁷⁰ desplomó—cayó.

⁷¹ hundiéndose—sumergiéndose.

⁷² ofuscado—turbado; confuso.

⁷³ descifrar—entender.

⁷⁴ cantimplora—recipiente para guardar agua y mantenerla fresca, y para llevarla de viaje.

⁷⁵ aguardiente (m.)—bebida alcohólica fuerte.

⁷⁶ pólvora—polvo explosivo.

Ella quiso saber la causa de tanto maltrato y él le explicó que el Coronel necesitaba sus servicios. Le permitió mojarse la cara y enseguida la llevó a un extremo del campamento, donde el hombre más temido del país reposaba en una hamaca colgada entre dos árboles. Ella no pudo verle el rostro,⁷⁷ porque tenía encima la sombra incierta del follaje⁷⁸ y la sombra imborrable de muchos años viviendo como un bandido, pero imaginó que debía ser de expresión perdularia⁷⁹ si su gigantesco ayudante se dirigía a él con tanta humildad. Le sorprendió su voz, suave y bien modulada como la de un profesor.

—¿Eres la que vende palabras?—preguntó.

—Para servirte —balbuceó⁸⁰ ella oteando⁸¹ en la penumbra para verlo mejor.

El Coronel se puso de pie y la luz de la antorcha que llevaba el Mulato le dio de frente. La mujer vio su piel oscura y sus fieros⁸² ojos de puma y supo al punto que estaba frente al hombre más solo de este mundo.

—Quiero ser Presidente —dijo él.

Estaba cansado de recorrer esa tierra maldita en guerras inútiles y derrotas que ningún subterfugio⁸³ podía transformar en victorias. Llevaba muchos años durmiendo a la intemperie,⁸⁴ picado de mosquitos, alimentándose de iguanas y sopa de culebra,⁸⁵ pero esos inconvenientes menores no constituían razón suficiente para cambiar su destino. Lo que en verdad le

⁷⁷ rostro—cara.

⁷⁸ follaje (m.)—conjunto de hojas.

⁷⁹ perdularia—corrompida; viciosa.

⁸⁰ balbuceó—artículo de manera vacilante.

⁸¹ oteando—esforzándose por ver; escurdiñando.

⁸² fieros—feroces; salvajes.

⁸³ subterfugio—evasión; truco.

⁸⁴ a la intemperie—al aire libre; bajo las estrellas; sin abrigo ni refugio.

⁸⁵ culebra—serpiente.

fastidiaba⁸⁶ era el terror en los ojos ajenos.⁸⁷ Deseaba entrar a los pueblos bajo arcos de triunfo, entre banderas de colores y flores, que lo aplaudieran y le dieran de regalo huevos frescos y pan recién hornado.⁸⁸ Estaba harto⁸⁹ de comprobar⁹⁰ cómo a su paso huían⁹¹ los hombres, abortaban de susto las mujeres y temblaban las criaturas,⁹² por eso había decidido ser Presidente. El Mulato le sugirió⁹³ que fueran a la capital y entraran galopando al Palacio para apoderarse del gobierno, tal como tomaron tantas otras cosas sin pedir permiso, pero al Coronel no le interesaba convertirse en otro tirano,⁹⁴ de éstos ya habían tenido bastantes por allí y, además, de ese modo no obtendría el afecto⁹⁵ de las gentes. Su idea consistía en ser elegido por votación popular en los comicios⁹⁶ de diciembre.

—Para eso necesito hablar como un candidato. ¿Puedes venderme las palabras para un discurso?⁹⁷ —preguntó el Coronel a Belisa Crepusculario.

Ella había aceptado muchos encargos,⁹⁸ pero ninguno como éste; sin embargo no pudo negarse, temiendo que el Mulato le metiera un tiro entre los ojos o, peor aún, que el Coronel se echara a llorar. Por otra parte, sintió el impulso de ayudarlo, porque percibió un palpitante calor en su piel, un deseo poderoso de tocar a

ese hombre, de recorrerlo con sus manos, de estrecharlo⁹⁹ entre sus brazos.

Toda la noche y buena parte del día siguiente estuvo Belisa Crepusculario buscando en su repertorio las palabras apropiadas para un discurso presidencial, vigilada¹⁰⁰ de cerca por el Mulato, quien no apartaba los ojos de sus firmes piernas de caminante y sus senos¹⁰¹ virginales. Descartó¹⁰² las palabras ásperas¹⁰³ y secas, las demasiado floridas, las que estaban desteñidas¹⁰⁴ por el abuso, las que ofrecían promesas improbables, las carentes de¹⁰⁵ verdad y las confusas, para quedarse sólo con aquellas capaces de tocar con certeza el pensamiento de los hombres y la intuición de las mujeres. Haciendo uso de los conocimientos comprados al cura por veinte pesos, escribió el discurso en una hoja de papel y luego hizo señas al Mulato para que desatara la cuerda con la cual la había amarrado¹⁰⁶ por los tobillos¹⁰⁷ a un árbol. La condujeron nuevamente donde el Coronel, y al verlo ella volvió a sentir la misma palpitante ansiedad del primer encuentro. Le pasó el papel y aguardó, mientras él lo miraba sujetándolo con la punta de los dedos.

—¿Qué carajo¹⁰⁸ dice aquí? —preguntó por último.

—¿No sabes leer?

—Lo que yo sé hacer es la guerra —replicó él.

86 fastidiaba—molestaba.

87 ajenos—de otros.

88 hornado—hecho en el horno.

89 harto—cansado; hastiado.

90 comprobar—ver confirmado; ver evidenciado.

91 huían—corrían; se alejaban.

92 criaturas—niños pequeños.

93 sugirió—propuso.

94 tirano—despota.

95 afecto—carinho.

96 comicios—elecciones.

97 discurso—oración; alocución.

98 encargos—trabajos asignados o entregados a uno por otra persona.

99 estrechar(ó)—abrazar(ó).

100 vigilada—atendida; cuidada.

101 senos—pechos.

102 descartó—desechó; eliminó.

103 ásperas—coscas.

104 desteñidas—desvalidas; atenuadas; descoloridas.

105 carentes de—fáltas de; sin tener.

106 amarrado—atado; sujetado.

107 tobillo(s)—parte de la pierna que está unida al pie; articulación entre pie y pierna.

108 ¿Qué carajo?—expresión grosera que quiere decir "¿Qué diablos?"

Ella leyó en alta voz el discurso. Lo leyó tres veces, para que su cliente pudiera grabárselo en la memoria. Cuando terminó vio la emoción en los rostros de los hombres de la tropa que se juntaron para escucharla y notó que los ojos amarillos del Coronel brillaban de entusiasmo, seguro de que con esas palabras el sillón presidencial sería suyo.

—Si después de oírlo tres veces los muchachos siguen con la boca abierta, es que esta vaina¹⁰⁹ sirve, Coronel—aprobó el Mulato.

—¿Cuánto te debo por tu trabajo, mujer?
—preguntó el jefe.

—Un peso, Coronel.

—No es caro—dijo él abriendo la bolsa que llevaba colgada del cinturón con los restos del último botín.¹¹⁰

—Además tienes derecho a una ñapa.¹¹¹ Te corresponden dos palabras secretas—dijo Belisa Crepusculario.

—¿Cómo es eso?

Ella procedió a explicarle que por cada cincuenta centavos que pagaba un cliente, le obsequiaba¹¹² una palabra de uso exclusivo. El jefe se encogió de hombros, pues no tenía ni el menor interés en la oferta, pero no quiso ser descortés con quien lo había servido tan bien. Ella se aproximó sin prisa al taburete¹¹³ de suela¹¹⁴ donde él estaba sentado y se inclinó para entregarle su regalo. Entonces el hombre sintió el olor de animal montuno¹¹⁵ que se desprendía¹¹⁶ de esa mujer, el calor

109 vaina—cosa; recurso.

110 botín (m.)—despojo; producto de un saqueo o robo.

111 ñapa—yapa; propina; pequeña cantidad por encima de lo acordado.

112 obsequiaba—regalar; daba.

113 taburete (m.)—asiento sin respaldo y sin brazos.

114 suela—cuero grueso y fuerte.

115 montuno—relativo al monte; salvaje.

116 se desprendía—emanaba.

de incendio que irradiaban sus cadenas, el roce¹¹⁷ terrible de sus cabellos, el aliento de yerbabuena¹¹⁸ susurrando¹¹⁹ en su oreja las dos palabras secretas a las cuales tenía derecho.

—Son tuyas, Coronel—dijo ella al retirarse—. Puedes emplearlas cuanto quieras.

El Mulato acompañó a Belisa hasta el borde del camino, sin dejar de mirarla con ojos suplicantes¹²⁰ de perro perdido, pero cuando estiro¹²¹ la mano para tocarla, ella lo detuvo con un chorro¹²² de palabras inventadas que tuvieron la virtud de espantarle el deseo, porque creyó que se trataba de alguna maldición¹²³ irrevocable.¹²⁴

En los meses de setiembre, octubre y noviembre el Coronel pronunció su discurso tantas veces, que de no haber sido hecho con palabras resplandecientes¹²⁵ y durables el uso lo habría vuelto ceniza.¹²⁶ Recorrió el país en todas direcciones, entrando a las ciudades con aire triunfal y deteniéndose también en los pueblos más olvidados, allá donde sólo el rastro¹²⁷ de basura indicaba la presencia humana, para convencer a los electores de que votaran por él. Mientras hablaba sobre una tarima¹²⁸ al centro de la plaza, el Mulato y sus hombres repartían¹²⁹ caramelos y pintaban su nombre

117 roce (m.)—contacto leve.

118 yerbabuena—hierbabuena; planta olorosa que se usa como condimento, similar a la menta.

119 susurrando—murmurando; hablando en voz muy baja.

120 suplicantes—pedigüeños; que piden ansiosamente.

121 estiro—alargó.

122 chorro—cantidad de algo que sale con fuerza, con impulso.

123 maldición—condena; anatema.

124 irrevocable—permanente; imperdonable.

125 resplandecientes—resplandecientes; fulgurantes; que brillan.

126 ceniza—residuos en forma de polvo de lo que se ha quemado.

127 rastro—señal; indicio.

128 tarima—plataforma portátil de madera, de poca altura.

129 repartían—distribuían.

con escaracha¹³⁰ dorada en las paredes, pero nadie prestaba atención a esos recursos de merader, porque estaban **deslumbrados**¹³¹ por la claridad de sus proposiciones y la lucidez poética de sus argumentos, contagiados de su deseo temiendo de corregir los errores de la historia y alegres por primera vez en sus vidas. Al terminar la arenga¹³² del Candidato, la tropa lanzaba pistolazos al aire y encendía **petardos**¹³³ y, cuando por fin se retiraban, quedaba atrás una **estela**¹³⁴ de esperanza que perduraba muchos días en el aire, como el recuerdo magnífico de un cometa. Pronto el Coronel se convirtió en el político más popular. Era un fenómeno nunca visto, aquel hombre **surgido**¹³⁵ de la Guerra Civil, lleno de **cicatrices**¹³⁶ y hablando como un **catedrático**,¹³⁷ cuyo prestigio se **regaba**¹³⁸ por el territorio nacional **conviniendo**¹³⁹ el corazón de la patria. La **prensa**¹⁴⁰ se ocupó de él. Viajaron de lejos los periodistas para entrevistarlo y repetir sus frases, y así creció el número de sus seguidores y de sus enemigos.

—Vamos bien, Coronel —dijo el Mulato al cumplirse doce semanas de éxitos.

Pero el candidato no lo escuchó. Estaba repitiendo sus dos palabras secretas, como hacía cada vez con mayor frecuencia. Las decía cuando lo ablandaba¹⁴¹ la

130 escaracha—sustancia hecha de azúcar cristalizado, semejante a la escaracha que se forma sobre la tierra en noches frías.

131 **deslumbrados**—fascinados; impresionados.

132 arenga—discurso didáctico.

133 **petardos**—pólvora envuelta en papel, con mecha, que estalla cuando se le prende fuego.

134 **estela**—rastros dejado en el agua por un barco al pasar; por extensión, cola, o huellas.

135 **surgido**—salido de pronto.

136 **cicatrices** (?)—marcas en la piel que dejan las heridas después de sanar.

137 **catedrático**—profesor universitario.

138 **regaba**—esparcía; difundía; repartía.

139 **conviniendo**—emocionando.

140 **prensa**—periódicos y revistas; periodistas; reporteros.

141 **ablandaba**—ponía sentimental.

nostalgia, las murmuraba dormido, las llevaba consigo sobre su caballo, las pensaba antes de pronunciar su célebre discurso y se sorprendía saboreándolas en sus descuidos. Y en toda ocasión en que esas dos palabras venían a su mente, evocaba la presencia de Belisa Crepusculario y se le **alborotaban**¹⁴² los sentidos con el recuerdo del olor montuno, el calor de incendio, el roce terrible y el aliento de yerbabuena, hasta que empezó a andar como un **sonámbulo**¹⁴³ y sus propios hombres comprendieron que se le terminaría la vida antes de alcanzar el sillón de los presidentes.

—¿Qué es lo que te pasa, Coronel? —le preguntó muchas veces el Mulato, hasta que por fin un día el jefe no pudo más y le confesó que la culpa de su ánimo eran esas dos palabras que llevaba **clavadas**¹⁴⁴ en el vientre.¹⁴⁵

—Dímelas, a ver si pierden su poder —le pidió su fiel ayudante.

—No te las diré, son sólo mías —replicó el Coronel. Cansado de ver a su jefe deteriorarse como un condenado a muerte, el Mulato se echó el **fusil**¹⁴⁶ al hombro y partió en busca de Belisa Crepusculario. Siguió sus **huellas**¹⁴⁷ por toda esa vasta geografía hasta encontrarla en un pueblo del sur, instalada bajo el toldo de su oficio, contando su rosario de noticias. Se le plantó delante con las piernas abiertas y el arma **empuñada**.¹⁴⁸

—Tú te vienes conmigo —ordenó.

142 **alborotaban**—despertaban; revoaban.

143 **sonámbulo**—el que camina dormido.

144 **clavadas**—fijas.

145 **vientre** (m.)—estómago; interior; entrañas.

146 **fusil** (m.)—arma de fuego de cañón largo; rifle.

147 **huellas**—rastros; impresión dejada generalmente por los pies o las manos.

148 **empuñada**—en el puño o en las manos.

Ella lo estaba esperando. Recogió su trintero, plegó¹⁴⁹ el lienzo de su tenderete, se echó el chal sobre los hombros y en silencio trepó¹⁵⁰ al anca del caballo. No cruzaron ni un gesto en todo el camino, porque al Mulato el deseo por ella se le había convertido en rabia¹⁵¹ y sólo el miedo que le inspiraba su lengua le impedía destrozarla a latigazos. Tampoco estaba dispuesto a comentarle que el Coronel andaba alelado,¹⁵² y que lo que no habían logrado tantos años de batallas lo había conseguido un encantamiento¹⁵³ de susurrado al oído. Tres días después llegaron al campamento y de inmediato condujo a su prisionera hasta el candidato, delante de toda la tropa.

—Te traje a esta bruja¹⁵⁴ para que le devuelvas sus palabras, Coronel, y para que ella te devuelva la hombría¹⁵⁵ —dijo apuntando el cañón de su fusil a la nuca¹⁵⁶ de la mujer.

El Coronel y Belisa Crepusculario se miraron largamente, midiéndose¹⁵⁷ desde la distancia. Los hombres comprendieron entonces que ya su jefe no podía deshacerse del¹⁵⁸ hechizo de esas dos palabras endemoniadas,¹⁵⁹ porque todos pudieron ver los ojos carmívoros del puma tornarse mansos¹⁶⁰ cuando ella avanzó y le tomó la mano.

¹⁴⁹ plegó—dobló.

¹⁵⁰ trepó—subió; escaló.

¹⁵¹ rabia—furia; enojo grande.

¹⁵² alelado—atonado; embobado; embesado.

¹⁵³ encantamiento—hechizo.

¹⁵⁴ bruja—hechicera.

¹⁵⁵ hombría—virilidad; cualidades varoniles.

¹⁵⁶ nuca—parte posterior del cuello, donde se une al cráneo.

¹⁵⁷ midiéndose—juzgándose; calculando cada uno lo que haría el otro.

¹⁵⁸ deshacerse de()—apartar de sí; quitarse de encima.

¹⁵⁹ endemoniadas—endiabladas; inspiradas por el diablo.

¹⁶⁰ mansos—sumisos; domesticados.

PREGUNTAS

1. ¿Qué significado puede tener el que la protagonista lleva un nombre creado por ella misma? ¿Se puede afirmar que esto refleja aspectos de su carácter? Discute las connotaciones del nombre.
2. ¿Cómo llega Belisa Crepusculario a ser vendedora de palabras?
3. ¿Qué papel desempeña el hecho de que Belisa regala, sin cobrar, las palabras secretas propias de cada cliente comprador de palabras?
4. El poder de la palabra es una idea importante en la obra de Isabel Allende. Analiza de qué manera este cuento expone esa idea, basando tu análisis en detalles específicos.